

punto y poco quejoso. Únicamente, y esto lo digo en descargo mío, creo recordar que el tal sabio debía tener edad bastante avanzada, y que sus ojos, brillantes como carbunclos, iluminaban un rostro casi oculto por la espesa maraña de sus caballos y barba blancos, que se había dejado crecer por no desmentir, tal vez, a sus predecesores en la busca de tan generosa empresa o por no ser tomado por un sabio contrahecho o un charlatán de a cuatro por esquina.

Según la fama, esta desenfadada hembra que gusta de comadrear y dar a los oídos, necios y discretos, así lo humano como lo divino, había recorrido los morabitos más célebres, los hipogeos de más misterio, y más de una noche la luna había ayudado a entablar animado coloquio con los astros, recostado en el borde de alguna ziggurrat caldea, a este genio que recorría los países removiendo osarios y acoplando mamotretos que constituían su bagaje. Hasta se llegó a decir que había sorprendido los secretos del templo de Salomón, y un escritor arábigo afirma que ningún espíritu le era rebelde, bien que nosotros tenemos esto por apócrifo, ya que lo dice un infiel. Y tampoco era ajeno a las prácticas morales más pías; antes bien, se cree que tenía bien ganados más de los tres cuartos del paraíso. En una palabra, después de muchos estudios, había dado, no ya con secretos de la hermética o la astrología, sino con el bienestar y con los medios de proporcionarlo a enautes acudiesen a él.

Así que se hubo consolidado y adquirido fuerza este rumor, los más corrieron en su busca, y atropellándose, temerosos de que aquel prodigio desapareciera, tanto que las puertas de la ciudad eran insuficientes para dar salida a aquel hormiguero, y hasta los guardias encargados de ordenar la salida, corrieron en busca de aquella verdadera panacea. Era de ver cómo luchaban por salir los primeros, que no parecía sino que sólo iban a alcanzar aquel don los más esforzados; pero por fin todos fueron saliendo y a todos era concedido lo que pedían.

Los más atolondrados ni siquiera se detenían a pensar dónde estaría su bienestar, y así fueron los primeros los desocupados, que ni aun sabían qué pedir al llegar al lugar; doncellas que pedían la fidelidad de los amantes, maridos desdichados que querían verse libres de sus mujeres, algunos poetas impulsivos que llegaban sudorosos, como si hubiesen tratado de escalar a pie el Parnaso, y otras especies que tenían exaltación, ligereza y un cierto afecto hacia la felicidad. Acudían familias en tropel; el hijo pedía los bienes del padre, el padre verse libre de dotar a sus hijas, las hijas la ruina del hermano, y así se sucedían, formando un perfecto barullo, las más bizarras y opuestas peticiones. Los que no dejaban de consultar todos los auspicios divinos y humanos para

echar una llueca o para cualquiera otra minucia, no se pararon a pensar cómo pudiera ser la felicidad, ni cómo adquirirla. Tan hechos estaban a pensar que la encontrarían detrás de una esquina y en cualesquiera expertas y generosas manos!

Vinieron después personas de mayor gravedad y discurso. Entre ellas se mostraban comerciantes, profesores, filósofos... Estos ya no pedían tal o cual aspiración, sino que exigían a secas el *bienestar*, y ya venían torturando sus cerebros para ver cómo una vez obtenido habían de esconderlo, venderlo, robarlo o discutirlo. También esto consiguieron, y era de ver cómo personas de tanto aplomo volvían a sus casas haciendo las más grotescas contorsiones, olvidados de su circunspección habitual y de la compostura que les era debida, y las más risibles alabanzas del mago, santo o lo que fuere.

Ya se iba haciendo raro el concurso y el sabio se disponía a abandonar la ciudad, mientras que sus cejas se enarcaban más y más y su rostro tomaba una expresión de amargura, cuando vio venir hacia él un anciano, muy anciano, que llegaba sufriendo el cansancio y las burlas de los que encontraba, a quienes no parecía bien, por lo visto, que aspirase a estos beneficios a su edad.

«¿Es cierto que concedes el bienestar?—le preguntó al llegar—. ¿Dónde hallarlo? ¿Cómo lo he de usar? Mientras que el semblante del mago se animaba por la alegría que le causaba encontrar siquiera una criatura desconfiada y prudente. Y en esto le comenzó a otorgar lo que buscaba, diciéndole qué era y en qué consistía. «Nunca te proporcionarás—le decía despidiéndose—una dicha que se oponga a la de tus prójimos, ni la alcanzarás a costa del dolor ajeno. Sé cunto y parte el bien con los demás.»

Pasaron los días. Los amantes encontraron imperfecciones en las amadas que consiguieran, y estallando una guerra con la ciudad vecina, la moneda perdió su valor; las madres vieron morir a sus hijos, los poetas ensombrecerse a las musas y tomar gestos aterradores, los filósofos trabajaban para obtener la razón de la guerra para su patria, los letrados asistían al derecho de gentes, maltrecho a la sazón, y la ciudad entera se había entristecido. Mientras tanto, sólo el viejo de nuestro cuento era feliz; pero sus achaques no le permitieron sobrevivir más de ocho días a su alegría. De esta manera, la felicidad, dignándose visitar a un pueblo, sólo recibió albergue en el pecho de un viejo.

Desde entonces, se dice que todas las noches un espíritu en figura de triste hada viene a llorar a la caverna, donde el viejo quiso ser enterrado. Junto a él, sonreía la sombra del anciano, salida del sepulcro, y es fama que por mucho tiempo tan sólo

se vió en la comarca socorrida por la felicidad esta sonrisa, la sonrisa de una sombra.

MERLIN.

SONETO

A una ingrata

Tú que impasible a mi penar impío
e indiferente siempre a mis clamores
me hieres con desdenes y rigores
y mis caricias pagas con desvío:

si hoy desoyes cruel el ruego mío,
mañana, cuando ceda a los furores
de mi dolor tenaz, de mis amores
verás la prueba en mi sepulcro fío.

No bastará que entonees, condolida,
llores con pena allí mi infausta suerte
y recuerdes mi amor compadecida.

Pues si a la calma de tu pecho inerte
se rompe el hilo feble de mi vida,
¿remediarán tus lágrimas mi muerte?

LEPIDÓPTERO NOCTURNO.

ESCUELAS NORMALES

Las matriculas de enseñanza oficial del curso 1917 a 1918, quedarán abiertas en las escuelas de maestras y maestros, todos los días laborables del próximo mes de septiembre, de once a doce de la mañana en la de maestros, exceptuando el día 30, que podrán hacerse hasta las veinticuatro horas en las secretarías de ambas escuelas.

Talleres tipográficos

de EL DÍA DE CUENCA

Impresión de revistas ilustradas, libros, catálogos, foiletos, circulares, cartas, facturas, talonarios y toda clase de trabajos de imprenta. Estos talleres disponen de elementos que les permiten ejecutar los trabajos con sin igual rapidez y economía.

Visítad esta casa para cerciorarse de lo económico de nuestros precios.